

# LA MAS ALTA PARTE DEL MUNDO: SEÑALES DE LA SACRALIDAD HISPANA EN MESOAMÉRICA

---

Marcelo Ramírez Ruiz

A continuación expongo las apreciaciones sobre la simbología de *la más alta parte de la tierra*, expresadas por varios cronistas de Indias: Cristóbal Colón, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Diego Durán y Juan de Torquemada. La más alta parte del mundo estuvo asociada a la montaña bíblica; y ésta, al igual que el desierto, el bosque y los márgenes del mundo, fueron el lugar de la más grande soledad en que el hombre se asemeja a Dios o al demonio, donde se hace santo o salvaje.

También en las cosmogonías mesoamericanas, la sacralidad estuvo asociada a lo alto de la tierra, representado en la figura del cerro sagrado en cada *altépetl* ("monte de agua" o "monte lleno de agua"); sin embargo, los frailes relacionaron el culto prehispánico con la idolatría y se propusieron destruir los sagrarios ubicados en los lugares altos, aunque a veces ocurrió el "milagro" de que una deidad cristiana apareció a los indios precisamente en las cimas montañosas donde



Departamento de Historia, Escuela de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Correo electrónico: [mruiz@buzon.uaem.mx](mailto:mruiz@buzon.uaem.mx)

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 31, enero-junio del 2000.

---

se adoró a otros dioses. La montaña prehispánica y la iglesia fueron integradas por los indios, durante los tres siglos de colonialismo hispano, en una sola dimensión ritual.

En la carta que reportó su tercer viaje a los Reyes Católicos, el Almirante Cristóbal Colón puso en entredicho la idea de que tierra y agua formen una esfera y por lo tanto de que alguno de sus polos fuera *su parte más alta*. Efectivamente, la ubicación de “la más alta parte en el mundo y más propincua al cielo” preocupó al Almirante porque pensó rastrear, en el contacto del mar con las aguas dulces que salían de Paria, el fin de la tierra y por lo tanto las vecindades del paraíso terrenal; la larga tradición medieval que lo representó en el extremo oriente era así por fin contrastada con la experiencia de los viajes colombinos. Colón creyó recibir de La Providencia las llaves para abrir “los atamientos de la mar oceána”, lo cual consistía en demostrar la correspondencia entre lo que dice la Biblia y lo que hablaba en sus exploraciones.

El Almirante notó la mudanza de los aires y las aguas al avanzar hacia el poniente, a una distancia de cien leguas de las Azores: pasando esta “raya”, “como quien traspone una cuesta”, “van los navíos alzándose hacia el cielo suavemente” y se halla la “temperancia del cielo muy suave”; de acuerdo con Colón, los habitantes de esas regiones mejor templadas no eran cobardes sino astutos y valientes, eran de “linda estatura y blancos más que otros que haya visto en las Indias”. Estos efectos de ascenso sobre el mar parecieran acercar al navegante a “la más alta parte en el mundo” y “más propincua y noble al cielo que otra”. La forma de la tierra a partir de la “raya” mencionada representaba entonces una subida al cielo, parecida al ascenso sobre un pezón de mujer:

Yo siempre leí que el mundo, tierra y agua, era esférico, y las autoridades y experiencias que Tolomeo y todos los otros escribieron de este sitio daban y mostraban para ello, así por eclipses de la Luna y otras demostraciones que hacen de Oriente hasta Occidente, como de la elevación del Polo de Septentrión en Austro. Ahora vi tanta disconformidad, como ya dije, y por eso me puse a tener esto del mundo, y hallé que no era redondo

en la forma que escriben; salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y más propincua al cielo y sea debajo la línea equinoccial y en esta mar oceána en fin del Oriente. Llamo yo fin de Oriente adonde acaba toda la tierra e islas...<sup>1</sup>

En el razonamiento de Colón, los antiguos sólo conocieron la mitad de la esfera que les tocó ocupar y por eso dedujeron que la Tierra era redonda, pero la experiencia de los viajes demostraba que en el hemisferio de las Indias no había otra media esfera sino un ascenso hasta el fin de oriente, donde terminaba toda la Tierra e islas y se hallaban las vecindades del paraíso terrenal. El acceso a cualquier mortal sería imposible después de la expulsión de Adán y Eva, pero la ruta a la mayor “temperancia” paradisiaca se encontraba precisamente sobre la línea ecuatorial. Los “grandes indicios” de Colón son todos ellos señales que tienen que ver con la necesidad de representar en un lugar de la Tierra la irrupción de lo sagrado, el descenso de lo alto a lo bajo, el contacto de lo espiritual con lo físico, la manifestación exterior de una interioridad trascendental. La principal señal del des-

---

<sup>1</sup> Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, México, Espasa Calpe, 1992, 221 pp. Ver *El Tercer viaje*, p. 181. Al describir “los círculos del cielo”, Isidoro de Sevilla recogió la antigua tradición griega y escribió en sus *Etimologías* que el cielo se halla dividido “en zonas de círculos”, las cuales van de las muy frías a las muy calientes, lo que las hace a algunas de ellas inhabitables. Los círculos son cinco: *arktikós*, *zerinós tropikós*, *emerinós o equinoccial*, *antartikós y jeimerinos tropikós*. Sobre el *emerinós o equinoccial*, Isidoro comenta lo siguiente en el Cap. XLIII del libro III: “El tercer círculo del griego *emerinós*, al que los latinos llaman *equinox*, noche igual, o equinoccial, porque el sol cuando llega allí hace equinoccio, cuyo círculo está en la mitad de la esfera”. En el capítulo VI del libro XIII repite lo anterior pero agrega otro dato: “en este círculo está incluida la línea que divide a la esfera en dos partes iguales”. Libro III, capítulo XLIII; libro XIII, capítulo VI. Así pues, por una parte la equinoccial, ese círculo sobre el cual el sol hace equinoccio dos veces por año en su migración anual de norte a sur y de sur a norte, *está en la mitad de la esfera*; por otra parte, dice que en este círculo equinoccial *está incluida la línea que divide a la esfera en dos partes iguales*. De acuerdo con esta argumentación, la *línea equinoccial* es la misma que la *línea ecuatorial*. Sevilla, San Isidoro de, *Etimologías*, versión castellana total, e introducciones particulares de Luis Cortés y Góngora; introducción general e índices científicos de Santiago Montero Díaz, Madrid, Católica, 1951, (Biblioteca de Autores Cristianos 67), 553 pp.

censo de lo alto (celestial) a lo bajo (terrenal) es la elevación del mar hacia el cielo y a ella se asocian la templanza, la localización en un lugar del oriente bajo la equinoccial, las fuentes de aguas dulces, gente mejor proporcionada, más inteligente y más blanca. La irrupción de lo sagrado en la tierra establece un eje que va de lo alto a lo bajo; se trata pues de un *axis mundi* que integra al cielo con la tierra.

La tradición medieval y renacentista representó al horizonte terrestre como reflejo del plano celeste; y en esa representación el paraíso terrenal, escribió Las Casas, “es el más alto lugar de la tierra”. Sobre su altura “la Sagrada Escritura no explica cuánta sea, ninguno puede naturalmente definirla, y por esto lo que se ha de tener es que tanta es su altura, cuanto convenía a la buena y salubre vivienda de los hombres en el Paraíso...”<sup>2</sup> Algunos dijeron que su altura llegaba hasta el círculo de la Luna: *Locus remotissimus pertingens usque ad circumulum Lunae*,<sup>3</sup> a propósito de lo cual, Tomás de Aquino comentó que eso sólo podía decirse “por cierta semejanza con lo agradable de aquel lugar, porque allí, como dice Isidoro, hay una *temperatura permanentemente blanda*, pareciéndose, de este modo, a los cuerpos celestes, en los que no hay altibajos”. Así pensaron los hombres de la Edad Media los círculos celestes, ocupados por cuerpos incorruptibles porque en ellos no existen calidades opuestas, a diferencia de la Tierra, sujeta a las contradicciones de la materia. En el caso de la esfera de la Luna, continúa Tomás de Aquino, se halla “la capa divisoria del aire, en donde se producen los vientos y las lluvias, porque a la Luna se le asigna el poder de la evaporación. De ser así, aquel lugar no sería adecuado ni habitable, bien por su intemperie, bien por no ser adaptable al hombre, como lo es el aire más cercano a nosotros”. Por lo tanto, “si se

<sup>2</sup> Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke, México, F.C.E., 1951, 3 volúmenes, (Biblioteca Americana). Ver libro I, capítulo CXXI; tomo II, p. 45.

<sup>3</sup> *Idem*. Tomás de Aquino comenta que fue Beda quien sostuvo la misma afirmación en *Glossa ordim. A Gen. 2,8 (1,36F)*. Aquino, Tomás de, *Suma de Teología*, edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicas en España; presentación por Damián Byrne, tercera edición, Madrid, 1998, (Biblioteca de Autores Cristianos), V tomos. Ver parte I, cuestión 102, artículo 1.

hace mención especial de la esfera lunar, se debe a que es el extremo del mundo celeste más cercano a nosotros, y, también, a que la Luna es el cuerpo celeste más parecido a la Tierra, puesto que tiene ciertas tinieblas nebulosas, que recuerdan la oscuridad”.<sup>4</sup> De acuerdo con estos argumentos, la insistencia en el círculo de la Luna como la altura hasta la cual alcanza la montaña del paraíso terrenal, tiene relación con *el extremo del mundo celeste más cercano a nosotros* y no tanto con que fuese el lugar más templado y ameno, como debe ser el paraíso terrenal: “un lugar cuyo clima es templado y suave, el aire es puro; además, repleto siempre de plantas y cubierto de flores”.<sup>5</sup> Tal lugar, apuntó Las Casas, no se halla hasta el círculo de la Luna porque ahí el fuego le quemaría y tampoco puede estar en el “aire turbio y caliginoso” donde la frialdad lo mortificaría, ni cerca de la tierra donde hay contrariedad: “porque este lugar de nuestra habitación tiene el aire turbulento por los vapores y exhalaciones que salen de la tierra y del agua, por lo cual no puede haber mucha sanidad en él”. La altura de la más alta parte del mundo, ha de hallarse pues en la “tercera región del aire” donde existe la mejor templanza, a una altura mayor que la del Olimpo, los montes Athos, la isla Tenerife en las Canarias o la isla de Pico en las Azores.<sup>6</sup>

Fuera una u otra su altura, para la tradición que recogen los cronistas de Indias lo más alto de la tierra correspondía a lo más alto del cielo, indicado inequívocamente por la estrella más grande y más brillante, cual enorme imán que levanta la superficie terrestre hasta asemejarla, diría Colón, a la forma de una pera o de una pelota con un pecho de mujer puesto sobre ella; como si la esfera de agua y tierra que es el globo terráqueo perdiera la redondez y se convirtiera en una gran montaña a la que empezó a ascender el Almirante cuando notó que su nave se elevaba al cielo en medio de una mayor temperancia. Lo más alto de la tierra es pues una montaña, y sobre ella fue ubicado el paraíso terrenal desde la más antigua tradición.

---

<sup>4</sup> Aquino, Tomás de, *Suma de Teología*, tomo I, cuestión 102, artículo 1.

<sup>5</sup> Damasceno, *De Fide Orth* 1.2, citado por Aquino, Tomás de, *Suma de Teología*, tomo I, cuestión 102, artículo 2.

<sup>6</sup> Las Casas, *Op.Cit.*, libro I, capítulo CXLI, Vol. II, p. 45.

Paraíso terrenal dicen que es la más alta tierra del mundo, y es tan alto que casi toca el círculo de la luna; por el cual círculo la luna hace su curso; no pudo alcanzar el diluvio hasta allí, y así no cubrió la tierra del paraíso terrenal. Y ese paraíso es cerca del muro, y no sabe hombre (alguno) de qué es... y extiéndense los muros contra la vía de la Tramontana y no hay sino una entrada, la cual está cercada de fuego ardiente, de manera que ninguna persona mortal puede entrar. En el más alto lugar en medio del paraíso terrenal está la fuente que echa los cuatro ríos que corren por diversas tierras... y dicen que todas las aguas dulces del mundo descienden de ellos.<sup>7</sup>

Lo dulce desciende de lo alto a lo bajo, del placer paradisiaco al “valle de lágrimas”; a las tierras amuralladas por el agua amarga del mar. Lo alto, el sitio del origen, no pudo ser tocado por el caos del diluvio y no puede el hombre regresar a él porque su desnudez dejó de ser inocencia primigenia y se convirtió en salvajismo cuando se asomó a lo desconocido, cuando la verticalidad de su obediencia que sólo miraba a Dios se inclinó rebelde hasta la horizontalidad de la tierra. La materia desobedeció a la forma y la figura del hombre se desvaneció en el sufrimiento, las pasiones y la muerte.<sup>8</sup> Vemos pues que el simbolismo de lo vertical une al cielo con la tierra, nos orienta a Dios, a lo alto y a la obediencia de la forma; lo horizontal, en cambio, separa al cielo de la tierra, es la rebeldía de la bestia y la posición del hombre caído, de la muerte y de los animales. La filosofía y la teología medievales nos han hablado de que la existencia del hombre oscila entre uno y otro plano: entre la forma de lo alto y la materia de lo bajo, entre la espiritualidad de lo interior y la sensibilidad de lo exterior, entre la vida y la muerte, entre el cielo y la tierra, entre la obe-

---

<sup>7</sup> Mandavila, Juan de, *Libro de las maravillas del mundo*, edición de Gonzalo Santonja, Visor Libros, Madrid, 1984, (Biblioteca de Obras Raras y Curiosas 3), pp.176-177.

<sup>8</sup> “En el estado de inocencia, escribió Tomas de Aquino, no eran necesarios los sacramentos. La razón puede tomarse de la rectitud de aquel estado, en el que las cosas superiores dominaban sobre las inferiores sin que dependiesen de ellas en manera alguna. De la misma manera que la mente estaba sometida a Dios, así las potencias inferiores del alma estaban sometidas a la mente y el cuerpo lo estaba al alma”. Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, tomo III, cuestión 61, artículo 2.

diencia y la rebeldía, entre la humanidad y la bestialidad. La dulzura ubicada sólo en lo alto impuso al hombre un espíritu trasmundano; de lo que se trata entonces es de dejar de ser cuerpo, sensibilidad y pasión en un ser que es sólo naturaleza pues tuvo su cuna de la misma forma que cualquier otro animal del desierto, de la montaña y la selva.

A pesar de su cuna salvaje, el cristianismo le proporcionó al hombre un origen divino en lo más alto de la tierra, en el centro de la creación en la que Dios tomó un poco de polvo de los cuatro rumbos cósmicos y le dio forma de hombre a la materia “para que fuese origen de cuantos en ella nacieron, y dueño de cuanto en las mismas se criase y produjese”.<sup>9</sup> Y el hombre, imagen o semejanza de su creador, también habría de ser un ser vertical porque en su cabeza se hallan los poderes intelectuales, en lo alto de su cuerpo; mientras en sus partes bajas están los instintos de la reproducción y del pecado. Su cabeza está dirigida al cielo y sus partes bajas a la tierra. La entrada de los alimentos es también lo alto y es semejante a la derecha del firmamento, donde domina la fuerza benefactora del sol; la salida en cambio es baja, semejante al occidente donde domina la influencia enferma, húmeda y femenina de la luna. La entrada de las plantas es lo más bajo, en la tierra en la que hunden sus raíces; los animales tienen su entrada en una posición intermedia y el hombre en lo alto por su posición vertical. Así pues, “Es sobre todo al hombre a quien le pertenece, a causa de su posición erecta, el privilegio de tener su parte alta en el mismo sentido que lo alto del mundo entero”.<sup>10</sup>

Por su parte, los griegos dieron al hombre la denominación de *ánthropos*, escribió Isidoro de Sevilla, porque, teniendo su origen en la tierra, levanta su mirada a las alturas, hacia la contemplación de su artífice. Esto lo describe el poeta Ovidio cuando dice (*Metam.* 1,84): “En tanto que, inclinados, los animales todos contemplan la tierra, al hombre dióle un rostro

---

<sup>9</sup> Solórzano y Pereira, Juan, *Política Indiana*, estudio preliminar por Miguel Angel Ochoa, Madrid, Ediciones Atlas, 1972. Ver libro I, capítulo V, 1; Vol. I, p. 51.

<sup>10</sup> Aristóteles, *Parva naturalia, De la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte, y de la respiración*, introducción y notas de Jorge A. Serrano, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp.1 y 134.

erguido y ordenóle mirar hacia los cielos y levantar sus ojos a los astros". Precisamente erguido, mira hacia el cielo para buscar a Dios, y no camina con la mirada vuelta hacia la tierra, como los animales, a quienes la naturaleza creó inclinados hacia el suelo y dependientes de su estómago.<sup>11</sup>

En cuanto imagen microcómica, el hombre reproduce en sí mismo el orden del universo y por tanto tiene su parte alta en el mismo sentido que lo alto del mundo entero. Lo más alto de la tierra fue finalmente la materialización de un simbolismo muy antiguo, anterior al cristianismo; y lo que hace Colón es rastrear las señales de esa larga tradición expresada en diversos documentos entre los que se cuenta la obra de Ailly, a quien se remiten claramente sus argumentos:

En cuanto a la afirmación de Tolomeo de que, cuanto más cerca se está del círculo ecuatorial, tanto más negros son los hombres, lo contradice lo que (el mismo) Tolomeo mantiene en el libro *Sobre la disposición de la Esfera*: que los lugares en el Ecuador son templados respecto a los trópicos. Avicena enseña en el libro décimo *Sobre los animales* y en el primero *Sobre medicina* que aquellos lugares son muy templados, por lo que algunos teólogos han deducido que allí debe encontrarse el paraíso terrenal en un monte situado al oriente.<sup>12</sup>

Sin embargo, revisando las evidencias sobre una mayor cercanía del sol al ecuador, Ailly apunta lo siguiente: "Por estas mismas razones se concluye que en el ecuador el clima no es enteramente templado, de suerte que no parece que allí se encuentre el paraíso terrenal, lugar que debe ser de unas condiciones climáticas templadísimas".<sup>13</sup> La templanza como criterio de localización era discutida por el mismo Colón:

---

<sup>11</sup> Sevilla, San Isidoro de, *Op. Cit.*, libro XI, 1, 5.

<sup>12</sup> Ailly, Pierre d', *Ymago mundi y otros opúsculos*, volumen preparado por Antonio Ramírez de Verger y revisado por Juan Fernández Valverde y Francisco Socas, Madrid, Alianza Editorial, Universidades de Sevilla, 1992, (Biblioteca de Colón II), p. 192.

<sup>13</sup> *Idem*. "Quienes sostienen que el Paraíso se encuentra bajo el círculo equinoccial, piensan que se trata de un lugar muy templado, debido a la constante igualdad de los días y de las noches.

Y no hallo ni jamás he hallado escritura de latinos ni de griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso Terrenal, ni visto en ningún mapamundo, salvo, situado con autoridad de argumento (más no de experiencia). Algunos le ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía; mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad de ello en la temperancia del cielo, (ni) en la altura hacia el cielo, porque se pudiese comprender que él era allí, ni que las aguas del diluvio hubiesen llegado allí, las cuales subieron encima, etc. Algunos gentiles quisieron decir por argumentos que él era en las islas Fortunatas, que son las Canarias, etc. San Isidro y Beda y San Ambrosio y Scoto y todos los santos teólogos conciertan que el Paraíso Terrenal es en el Oriente...<sup>14</sup>

La “autoridad de argumento” para afirmar que el oriente es el sitio del origen paradisiaco es la Biblia. En el libro del *Génesis* leemos que Dios “plantó un jardín en un lugar del Oriente llamado Edén, y colocó allí al hombre que había formado”. Además, “Del Edén salía un río que regaba el jardín y se dividía en cuatro brazos”.<sup>15</sup> Colón creía haber hallado en la corriente de agua dulce de la tierra de Paria uno de esos brazos que salían del Edén. Los razonamientos del Almirante se ajustaban a una interpretación literal de la Biblia y a los argu-

---

Además, porque el sol nunca se aleja demasiado de allí como para dejar paso al frío, ni tampoco hay un excesivo calor, como dicen, ya que, aunque el sol pasa perpendicular a ellos, empero, no dura mucho tiempo. Sin embargo, Aristóteles, en el libro *Meteor.*, dice expresamente que aquella región no es habitable a causa del calor. Esto parece lo más probable, porque aquellas tierras sobre las que nunca pasa el sol perpendicularmente, son excesivamente calurosas por la simple proximidad del sol. Sea como sea, es cierto que el Paraíso debió de estar situado en un lugar muy templado, bien sea en el equinoccio, bien sea en cualquier parte”. Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, tomo I, cuestión 102, artículo 2.

<sup>14</sup> Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento, El tercer viaje*, p. 181.

<sup>15</sup> “Lo que la Escritura cuenta del Paraíso, escribió Tomás de Aquino, lo hace como narración histórica. Aquellas cosas que la Escritura nos transmite de esta forma, hay que admitir un fundamento histórico real, al que se le pueden añadir comentarios espirituales. Por lo tanto, el Paraíso, tal como escribe Isidoro en el libro *Etymol.*, es un lugar situado en las regiones del Oriente y cuya palabra griega equivale en latín a Huerto. Correctamente es colocado en el oriente, ya que hay que asignarle el lugar más digno de la tierra. Pues, según el Filósofo en *II De caelo*, el oriente está a la derecha del cielo, y la derecha tiene más dignidad que la izquierda. Por lo tanto, fue conveniente que el Paraíso Terrenal fuera situado por Dios en Oriente”. Aquino, Tomás de, *Suma de Teología*, tomo I, cuestión 102, artículo 2.

mentos de los padres de la Iglesia; el diálogo con la antigüedad “gentil” también estaba presente en sus comentarios al contrastar la experiencia de sus viajes con los escritos de Aristóteles, Tolomeo, Marino, Plinio, Séneca y Esdras; sobre todo en lo que se refiere al tamaño y la forma de la tierra.

La ubicación de una altísima montaña en la región ecuatorial se remonta a la antigüedad griega. El cartaginés Hanón describió que después de atravesar el Cuerno de Occidente, en una noche sus navegantes se horrorizaron a la vista de una “tierra llena de llamas”, en medio de las cuales figuraba “un fuego muy elevado que sobresalía sobre los demás hasta el punto que nos parecía que tocaba las estrellas; por el día éste se mostró como una montaña muy elevada denominada el ‘Soporte de los dioses’”.<sup>16</sup> En el cabo occidental del mundo conocido se hallaba el *promontorio sagrado*<sup>17</sup> y las Islas Afortunadas habitadas por hombres prósperos y templados. Más tarde, en algunos mapas medievales el sitio del paraíso aparece dibujado como un *Locus paradisus antiquus*, y asociado a la montaña sagrada con frecuencia también se representaban las siluetas desnudas de Adán y Eva.

Casi un siglo después de los viajes de Colón, en un mapa de Mercator de 1590, todavía aparece representada la montaña más alta del mundo: la *Rupis nigra et altísima*, rodeada de un lago del que salen cuatro ríos dirigidos a los cuatro rumbos. En este caso, lo elevado de la tierra fue localizado sobre el polo norte, lo cual es una localización desafortunada porque un indicio de las cercanías del paraíso terrenal sería precisamente la templanza de los aires y las aguas y no el frío extremo de los polos; sin embargo, a pesar de la dificultad para asociar el paraíso al polo norte, lo que hemos de apreciar es que al colocar en él la montaña más alta, un *axis mundi* fue atravesado otra vez, como en la antigüedad griega, de un polo a otro, y en ese caso la dificultad radicó en saber si la cabeza del mundo se halla en el norte o

<sup>16</sup> “Periplo de Hanón”, en García, Moreno y Javier Gómez Espelosín (editores), *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 119.

<sup>17</sup> Heraclea, Marciano de, “Periplo del Mar exterior, oriental y occidental”, en *Relatos de viaje en la literatura griega antigua*, p. 448.

en el sur. Mientras la mayoría de los cronistas la representó en el norte, Bartolomé de las Casas lo hizo en el sur porque, según él y sus lecturas, ahí se localizaban las estrellas más grandes.

Otros cronistas de Indias también rastrearon la posibilidad de que la montaña del paraíso se hallara localizada en un lugar del Nuevo Mundo, bajo la línea equinoccial. Con la misma perspectiva que hallamos en Colón, vieron en los mitos y leyendas de los pueblos mesoamericanos señales de inspiración demoníaca, pero también divina. Por ejemplo Bernardino de Sahagún, al hablar sobre "el origen de esta gente" (los antiguos mexicanos) nos dice que "por la mar vinieron, de hacia el norte", salidos de las "siete cuevas" y "en demanda del paraíso terrenal":

En venir hacia el mediodía a buscar el paraíso terrenal, no erraban, porque opinión es de los que escriben que está debajo de la línea equinoccial; y en pensar que es algún altísimo monte tampoco yerran, porque así lo dicen los escritores, que el paraíso terrenal está debajo de la línea equinoccial y que es un monte altísimo que llega su cumbre cerca de la luna. Parece que ellos, o sus antepasados, tuvieron algún oráculo cerca de esta materia, o de Dios, o del demonio, o tradición de los antiguos que vino de mano en mano hasta ellos. Ellos buscaban lo que por vía humana no se puede hallar, y nuestro señor Dios pretendía que la tierra despoblada se poblase para que algunos de sus descendientes fuesen a poblar el paraíso celestial como ahora lo vemos por experiencia...<sup>18</sup>

Sahagún atribuyó a la búsqueda de Tamoanchan<sup>19</sup> el mismo sentido que Colón dio a sus exploraciones a partir de cien leguas de las

<sup>18</sup> Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, la dispuso para prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices Angel María Garibay K., México, Porrúa, 1992, (Sepan Cuantos Núm. 300). Véase el prólogo, p. 20.

<sup>19</sup> Tamoanchan es la síntesis de fuerzas opuestas: la parte alta del cosmos y el mundo de los muertos, el lugar del calor y del frío, del fuego y del agua. Es el eje del cosmos porque representa la síntesis de los cuatro árboles que separan al cielo de la tierra, y por ese eje "giran revolviéndose en torzal las fuerzas cálidas de los nueve cielos y las frías de los nueve pisos del inframundo". Tamoanchan es el lugar de la creación donde los dioses unieron fuerzas contrarias para que surgiera el mundo del hombre. López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, F.C.E., 1994, pp. 94-101.

Azores, bajo la equinoccial, más de seis décadas atrás. Según el fraile, la más alta parte de la tierra, un monte que casi llegaría al círculo de la Luna, era el sitio que también trataban de alcanzar los indios del Nuevo Mundo en un esfuerzo por recuperar el paraíso perdido en el que alguna vez habitaron sus antepasados con abundancia de flores y con la frescura de arboledas que se hallaban en la ribera de hermosos lagos. La crónica de Diego Durán cuenta algo parecido a la narración de Sahagún: los mexicanos anotaron en sus anales que después que salieron de aquella tierra prodigiosa “todo se volvió contra ellos: las yerbas mordían, las piedras picaban, los campos estaban llenos de abrojos y de espinas, y hallaron grandes jarales y espinos que no podían pasar, ni había donde asentarse ni donde descansar; todo lo hallaron lleno de víboras y culebras y de sabandijas ponzoñosas, y de leones y tigres y otros animales que les eran perjudiciales y dañosos”.<sup>20</sup> La expulsión del origen paradisiaco a una tierra bárbara en la que los hombres envejecían y morían era pues una tradición que compartían Mesoamérica y el cristianismo europeo. Por eso en la perspectiva de los cronistas, indios y españoles se reconocerían como hermanos en los intentos por regresar al lugar del origen común, “pues es certísimo que estas gentes todas son nuestros hermanos, reiteraba Sahagún, procedentes del tronco de Adán como nosotros, son nuestros prójimos, a quienes somos obligados a amar como a nosotros mismos, *quid quid sit*”.<sup>21</sup> Tratando de hallar la montaña del paraíso, nos dice Sahagún, los indios “poblaban cerca de los más altos montes que hallaban, por tener relación (de que el paraíso) es un monte altísimo”.<sup>22</sup> Y en verdad cada *altépetl* o pueblo prehispánico tenía su dios tutelar representado en un cerro vecino. Como lo comenta Alfredo López Austin, las culturas mesoamericanas, no sólo los mexicas, habían elaborado una cosmovisión en la que los cerros y montañas representaban “réplicas” de la montaña sagrada del origen: “En el interior del cerro se

<sup>20</sup> Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra firme*, México, Editora Nacional S.A., 1951, 2 volúmenes. Véase primer tratado, capítulo XXVII, tomo I, p. 220.

<sup>21</sup> Sahagún, *Op. Cit.*, prólogo, p. 20.

<sup>22</sup> *Ibid.*, prólogo al libro octavo, p. 447.



los cerros como lugar de lo sagrado mostró el inicio del cumplimiento de un presagio cuando los indios vieron cerros flotantes que transportaban unos dioses blancos “salidos de allá del nacimiento del sol, los cuales aparecieron entre los vapores y oscuridad del mar”.<sup>25</sup> Los españoles venían en barcos desde el Viejo Mundo, pero para los indios eran dioses “venidos de lo alto”<sup>26</sup> porque pensaban que “el cielo se juntaba con el agua en la mar, como si fuese una casa en la que el agua son las paredes y el cielo está sobre ellas y por esto llaman a la mar *ilhuicáatl*, como si dijese *agua que se juntó con el cielo...*”<sup>27</sup>

El hecho es que españoles e indios asociaron su cosmogonía con *lo alto de la tierra*, simbolizado en una montaña del origen en la que no existe el tiempo sino la sucesión ilimitada de una primigenia felicidad. Este paralelismo histórico en el Nuevo Mundo, sin embargo, fue interpretado por los conquistadores como una emulación del demonio para engañar a los indios de modo que le adoraran a él y no al verdadero Dios puesto que el sitio del sacrificio cristiano era el altar<sup>28</sup> de una iglesia y no la cima de un monte; por lo tanto, el signo de lo sagrado de los indios, lo alto de la tierra, se hizo en las Indias un signo demoníaco para los colonizadores, lo cual es posible entender porque en la percepción hispana podían coexistir en el mismo plano dos signos inversos, de la misma forma en que se hallaban, tanto en el polo norte como en el ecuador, hombres “salvajes como demonios” y otros semejantes a santos, como los hiperbóreos. La cima de la montaña puede reunir esas dos posibilidades de existencia: lo superior y lo inferior al hombre, porque es un lugar de frío extremo al que tocan, sin embargo, más cerca los rayos del sol; porque es sitio de la más grande soledad, propia de un dios o de un demonio, donde no hay congregación humana, ni ciudad, ni leyes, sino sólo los rigores de la destemplanza.

<sup>25</sup> Durán, *Op. Cit.*, primer tratado, capítulo LXXIII, Vol. II, p. 28.

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> Sahagún, *Op.Cit.*, libro XI, capítulo XII, 1, p. 699.

<sup>28</sup> El altar: el lugar de *los altos*: “*quasi alta ara*”, o “porque allí se alzan las manos orando”. Torquemada, *Monarquía Indiana*, edición preparada por el Seminario para el Estudio de Fuentes de Tradición Indígena bajo la coordinación de Miguel León Portilla, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1976. Véase libro VIII, capítulo III, Vol. III, p. 194.

En las montañas se hallaban los santuarios idolátricos de los indios, pero también las ermitas de los santos.

En la percepción hispana, la montaña es campo en que luchan los extremos de la santidad y de lo diabólico por imponerse uno sobre otro. Por eso encontramos en las crónicas muchas descripciones de cómo en las noches idolatraban los indios en los montes y amanecían esparcidas huellas de cenizas y rastros de sangre, y cómo los frailes se aventuraban por los campos y montañas como por un yermo en el que ponían a prueba su templanza. En el proceso de evangelización del Nuevo Mundo, dos símbolos lucharon por desplazar uno al otro: la montaña sagrada de los indios y la iglesia de los colonizadores; se enfrentaron dos prácticas sacerdotales: la de los sacerdotes nativos y la de los frailes cristianos, para ocupar el centro de la vida espiritual de las comunidades, lo cual llevó finalmente a una guerra de símbolos cuyo resultado fue el redimensionamiento de la sacralidad y del lugar del hombre en Mesoamérica.

Las montañas, pues, no sólo eran el sitio para adorar a Dios en la más absoluta soledad, sino también el lugar del peligro donde el demonio reclama sangre humana y pervierte a los árboles, los animales y los hombres. El desorden es propio de los riscos, hielos, cuevas y peligros. Es donde no hay lugar para el hombre, donde nadie vive porque nada se cultiva, ni hay leyes ni gobierno y las personas que se atreven a andar por ahí se hacen salvajes porque matan o son matados a traición por otros hombres.<sup>29</sup>

En ese mismo campo donde el colonizador descubrió el peligro, los indios hallaron el refugio de las antiguas deidades que luchaban por sobrevivir entre las aguas, los bosques, los aires, las cuevas y las cimas. El sacerdote cristiano “diabolizó” a la naturaleza e insistió en representar a la iglesia como el único centro sagrado. Sólo de vez en cuando ocurrió el “milagro” de que la montaña sagrada de los indios no es sitio de un demonio sino de una deidad: son los casos en que la “aparición” de una deidad cristiana sobre los montes representa el

---

<sup>29</sup> Sahagún, *Op. Cit.*, libro XI, capítulo VI, 1, p. 660.

dominio del signo sagrado sobre el demoníaco en la cima de la soledad en la que batallan demonios, bestias, indios idólatras y santos. Su aparición es la irrupción de lo sagrado en la tierra idolátrica de los indios, el descenso de lo alto a lo bajo para rescatarlo “por amor”. Son varias las apariciones, pero la de mayor importancia histórica, como sabemos, es la de la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac relatada por el indio Antonio Valeriano. Son bien conocidas las circunstancias: en medio del hielo que “todo lo come, todo lo destruye” aparecieron una mañana las señales del conquistador: “distintas flores de Castilla”, para que el indio pueda demostrarle al sacerdote cristiano que radica ahí una deidad y no un demonio, porque lo estéril se ha hecho fértil, porque en la tierra que sólo produce abrojos, espinas, nopales, mezquites y hierbecillas<sup>30</sup> un indio humilde cortó las flores que sólo podrían crecer en la templanza del valle. Esas flores “sólo milagrosamente allí retoñaron”, “donde la tierra estaba seca”.<sup>31</sup> En esta situación, el indio ve y oye a la deidad cristiana porque es “un pobre hombre del pueblo”<sup>32</sup> y se ha convertido al cristianismo; así, una mañana la virgen morena lo sorprende camino a la iglesia. El surgimiento y consolidación del culto guadalupano era, sin embargo, sospechoso de idolatría porque se daba precisamente en el mismo lugar de la antigua Tonantzin, según advertía Sahagún:

Cerca de los montes hay tres o cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios, y que venían a ellos de muy lejas tierras. El uno de éstos es aquí en México, donde está un montecillo que se llama *Tepeyácac*, y los españoles llaman *Tepeaquila*, y ahora se llama Ntra. Señora de Guadalupe; en este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que llamaban *Tonantzin*, que quiere decir Nuestra Madre; allí hacían muchos sacrificios a honra de esta diosa, y venían a ellos de muy

<sup>30</sup> “Sinopsis del contenido del *Nican mopohua* publicado por primera vez en 1649 por Luis Lasso de la Vega como la primera parte del *Huitlamahuiltica*”, en Noguez, Xavier, *Documentos guadalupanos: un estudio preliminar de las fuentes de información tempranas en torno a las mariofonías en el Tepeyac*, México, F.C.E., El Colegio Mexiquense, 1993, p. 197.

<sup>31</sup> “Inin huei tlamahuiltzin”, en Noguez, Xavier, *Documentos guadalupanos*, p. 208.

<sup>32</sup> “Relación primitiva”, en de la Torre Villar, Ernesto, *Testimonios históricos guadalupanos*, p. 24.

lejas tierras, de más de veinte leguas, de todas estas comarcas de México, y traían muchas ofrendas; venían hombres y mujeres, y mozos y mozas a estas fiestas; era grande el concurso de gente en estos días, y todos decían vamos a la fiesta de *Tonantzin*; y ahora que está allí edificada la Iglesia de Ntra. Señora de Guadalupe también la llaman *Tonantzin*, tomada ocasión de los Predicadores que a Nuestra Señora la Madre de Dios la llaman *Tonantzin*. De dónde haya nacido esta fundación de esta *Tonantzin* no se sabe de cierto, pero esto sabemos de cierto que el vocablo significa de su primera imposición a aquella *Tonantzin* antigua, y es cosa que se debía remediar porque el propio nombre de la Madre de Dios Señora Nuestra no es *Tonantzin*, sino *Dios* y *Nantzin*; parece ésta invención satánica, para paliar la idolatría debajo la equivocación de este nombre *Tonantzin*, y vienen ahora a visitar a esta *Tonantzin* de muy lejos, tan lejos como de antes, la cual devoción también es sospechosa, porque en todas partes hay muchas iglesias de Nuestra Señora, y no van a ellas, y vienen de lejanas tierras a esta *Tonantzin*, como antiguamente.<sup>33</sup>

En un esfuerzo por disminuir la influencia de los franciscanos entre los indios, en 1556 el arzobispo Montúfar asoció la María-Tonantzin de los indios con la Guadalupe de los españoles de modo tal que el guadalupanismo de los indios pudo desplegarse sin las coacciones derivadas de la sospecha de idolatría porque quedaba cobijado bajo una advocación hispana.<sup>34</sup> Sin embargo, a pesar del reconocimiento oficial del culto hubo franciscanos como el mismo Sahagún que no dejaron de ver en la sobreposición de un culto colonial a otro prehispánico una “invención satánica” y una manera de “paliar la idolatría”. Lo que nos interesa apreciar en este proceso, es que Valeriano recurrió a asociaciones del cristianismo hispano para demostrar un “milagro” de Dios a los indios. Un milagro es, decía Tomás de Aquino, “Todo cuanto por obra divina se realiza en las cosas fuera de su orden natural”,<sup>35</sup> por ejemplo, el que en un sitio que no les es propio brota-

---

<sup>33</sup> Sahagún, *Op. Cit.*, libro XI, apéndice, pp. 704-705.

<sup>34</sup> O’Gorman, Edmundo, *Destierro de sombras*, México, Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM, 1991, pp. 58-59.

<sup>35</sup> Aquino, Tomás de, *Suma contra los gentiles*, traducción y estudio introductorio por Carlos Ignacio González, México, Editorial Porrúa, 1997, p. 445.

ran en una mañana las flores de Castilla y apareciera a los ojos de un indio pobre la imagen flotante de una deidad cristiana que a sí misma se llamaba Guadalupe y que reclamaba un templo en el mismo lugar en que antaño se levantaron oraciones a la madre Tonantzin. El relato pareciera convencer más a españoles que a indios, los cuales no requerían de ese milagro para asociar el cerro del Tepeyac con lo sagrado porque desde mucho tiempo atrás era ese el sitio de un culto prehispánico.

A pesar del Tepeyac y otros importantes ejemplos de apariciones cristianas, en la mayoría de los casos los españoles asociaron las montañas y los cerros con el culto idólatrico. Así, los indios fueron asemejados por los colonizadores a la antigüedad gentil que practicó sus rituales en los sitios que rememoraban lo más alto de la tierra. De esa manera lo anotó fray Juan de Torquemada:

La razón porque la mayor parte edificaba la gentilidad los templos de sus dioses en los collados y sierras altas, era porque entendía ser aquellos lugares altos más religiosos, aptos y dispuestos para la adoración de los falsos dioses, por razón de pensar que así como aquella deidad se consideraba en las esferas más altas, así del cielo como del suelo, así, ni más ni menos, habían de ser escogidos los lugares más altos de la tierra para su servicio, culto y veneración suya.<sup>36</sup>

“Este modo de sentar templos, levantar altares y construir aras, en lugares altos y eminentes, fue de todo el paganismo y gentilidad, en común, como de gente regida por una misma voluntad que es la del demonio”,<sup>37</sup> el cual “subió su culto y sacrificios a las sierras y tierras montuosas” de la misma forma en que “los padres antiguos del Viejo Testamento sacrificaron a Dios en lugares altos”<sup>38</sup> para emularlo y hacerse semejante a él. Después de que Salomón construyó su templo en Jerusalén, el único lugar en que Dios permitió su culto fue precisamente en él; todos los demás sitios, y particularmente las ci-

<sup>36</sup> Torquemada, *Op. Cit.*, libro VIII, capítulo V, Vol. III, p. 200.

<sup>37</sup> *Idem.*

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 201.

mas montañosas, fueron abandonados al culto idólatrico; por eso, cita Torquemada, el mismo Dios se quejó de que su pueblo idolatraba en los lugares altos: “Una maldad no puedo callar de mi desagradecido pueblo, y es que en las cumbres de los montes y en los cabezos de las sierras se atreven a sacrificar al demonio, con ofensa y ultraje mío, debajo de la encina, del olmo y terebinto”.<sup>39</sup> El sacerdote controló en los templos, sobre todo después del sacrificio de Cristo, el culto a Dios; de modo tal que todos los demás lugares se convirtieron en idólatricos porque lo que no pasaba por sus manos era impuro. Sin embargo, la posibilidad de adorar a Dios fuera de los templos estuvo presente en la historia del cristianismo de varias maneras, particularmente en el misticismo de los hombres que abandonaban las ciudades y poblados para internarse en los campos, los bosques, las montañas y desiertos en busca de la soledad y del yermo que les permitiera desprenderse del mundo de los sentidos para acceder en cambio a la interioridad espiritual.

En la apreciación de los teólogos medievales, el lugar para adorar a Dios no era un fin en sí mismo sino apenas un medio que debiera impulsar el recogimiento interior, y puesto que “Dios no está atenido a lugar”,<sup>40</sup> el sitio para llegar a él depende más de la capacidad del hombre para desprenderse de la materialidad de su cuerpo. Ese lugar debiera ser, decía San Juan de la Cruz, el “más libre de objetos y jugos sensibles” y “más apartado y solitario”, el menos agradable y más áspero. De la misma forma en que lo hizo Cristo para orar, los hombres habrían de buscar los lugares “que no ocupen mucho los sentidos... sino que levanten el alma a Dios, como eran los montes que se levantaban de la tierra y ordinariamente son pelados sin materia de sensitiva recreación”.<sup>41</sup>

En conclusión, podemos decir que en el Nuevo Mundo los frailes asemejaron su naturaleza al infierno. Si en el infierno, según el comentario de Tomás de Aquino, los condenados serían atormentados

---

<sup>39</sup> *Ibid*, libro VIII, capítulo VI, p. 205.

<sup>40</sup> La Cruz, Juan de la, *Subida del Monte Carmelo*, p. 176.

<sup>41</sup> *Ibid*, p. 173.

al pasarlos rápidamente del calor al frío intensísimos, también en las Indias Nuevas el cuerpo de los frailes sufría los cambios bruscos del calor del valle al frío de las altas montañas, y en sus andanzas enfrentaban demonios, animales monstruosos y deformes, indios idólatras y rebeldes, soledades y temores. La naturaleza del Nuevo Mundo fue asemejada a un campo yermo en que el fraile representaba la irrupción de lo sagrado y el camino de retorno de la rebeldía a la obediencia. En virtud de sus votos sacerdotales de castidad, pobreza y obediencia, el fraile reunía lo bajo con lo alto, lo exterior con lo interior, al hombre con Dios. Convertido en camino de salvación, fue visto por los colonizadores y con frecuencia también por lo indios, como lo más alto de la tierra, más alto que cualquier montaña.

En la colonización, la sacralidad indígena de lo alto fue asociada a la emulación demoníaca; por lo tanto, de lo que se trataba era de destruir los lugares altos, y así tenemos a los sacerdotes cristianos trepando por los riscos, incendiando cuevas y rompiendo ídolos. En cada cima, como señal de exorcismo, los cristianos plantaron una cruz. Algunas de las representaciones coloniales que muestran este proceso de redimensionamiento de la sacralidad en Mesoamérica son precisamente las "pinturas" en que los indios dibujaron a sus pueblos. En esas "pinturas", durante el siglo XVI, la montaña sagrada de cada *altépetl* todavía aparece al lado de la iglesia de los frailes; pero en el siglo XVII desaparece o es integrada a la iglesia, la cual también llegó a representar, junto con el fraile, la simbología de lo más alto de la tierra; sin embargo, en algunos pueblos, a pesar de las presiones coloniales, los indios mantuvieron la sacralidad de las montañas y las incorporaron a la representación ritual del cristianismo.

**T**